

El Mundo, 17 de octubre de 2015

C | U | L | T | U | R | A

EL MUNDO
SÁBADO 17
DE OCTUBRE
DE 2015

ALEX KATZ

Creció cuando los expresionistas abstractos, pero no conectaba. Anunció el pop, pero no quiso ir a la fiesta. Iba para desubicado, pero ahora expone en el Guggenheim de Bilbao

POR ANTONIO LUCAS

«ME HE PASADO
LA VIDA
HUYENDO
DE PICASSO»



El Mundo, 17 de octubre de 2015

50

EL MUNDO. SÁBADO 17 DE OCTUBRE DE 2015

CULTURA

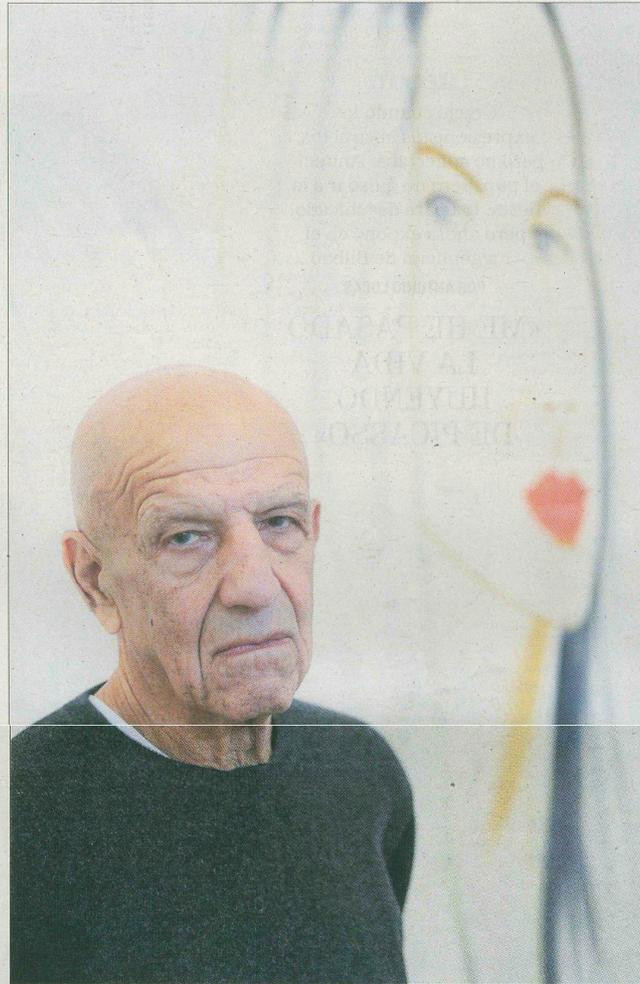
Algunas de las líneas maestras del arte pop se trazaron en el estudio de Alex Katz (Brooklyn, 1927) a finales de los años 50. Él quedó fuera de la expedición. Tampoco le importó demasiado. Se había asentado algo antes en un espacio insólito para un artista que comenzó a pintar hace más de 60 años: el de la figuración, los fondos planos, los colores suaves y la iconografía extraída del cine y la televisión. Antes que Warhol. Antes que Wesselmann. En esos años, los expresionistas abstractos aún devoraban Manhattan y alrededores. Sus telas de fauce abierta lo inundaban todo. Y Katz marchó en dirección contraria.

Hubo un tiempo en que este artista no figuraba en ninguna de las nóminas. Iba a solas. «Todo lo que soy se lo debo a esos años de silencio, incluso a ese tiempo de marginación», explica. Hoy vende piezas de tamaño medio por 500.000 euros. En estos días inaugura exposición en el Museo Guggenheim de Bilbao (a partir del 23 de octubre) y en el espacio que la Galería Javier López de Madrid tiene en la zona residencial de La Florida (desde el día 26).

Katz está en algunas de las más destacadas colecciones internacionales. Pinta con la misma energía que aquel joven sin sitio de los años 60. Diríamos que ha ganado el pulso con una capacidad de resistencia que sólo acepta una clave: confianza en lo suyo. Es un hombre de pocas pulsaciones que habla en frases cortas y explica su trabajo con una concentración de científico en estado de gracia. «Es cierto que pasé mucho tiempo apartado de la nómina del arte de Nueva York, pero con los años he percibido que mis trabajos más recientes validan aquella etapa en la que no me hacían ni caso», apunta. Sus paisajes, escenas cotidianas y retratos estaban en el espacio inconcreto a donde la crítica especializada no llegaba. Nadie sabía ubicarlo en los cajones del *sinfonier* de las escuelas. Él viajaba por la pintura a solas. «Creo que ése ha sido mi triunfo. No sometirme a ningún academicismo. Estar lejos de las etiquetas. Aunque

«MI OBRA ESTÁ HECHA DE DETALLES A GRAN ESCALA. AÚN DUDO»

«CREO QUE MI TRIUNFO HA SIDO NO SOMETERME A NINGÚN ACADEMICISMO»



El artista estadounidense Alex Katz, ayer, en Bilbao. SERGIO ENRÍQUEZ NISTAL

también me costó una gran soledad. En mis comienzos sólo tuve una crítica y fue muy mala, pero mi madre la leyó y me dijo: 'Bueno, al fin alguien te hace caso'. Katz sonrió levemente.

La suya es una pintura que podría ser amable, pero tiene un componente de extrañeza improbable. Los retratos y los paisajes son los dos caminos de su exploración. En la Galería Javier López exhibe una selección de los primeros y en el Guggenheim de Bilbao, con el título de *Aquí y ahora*, un amplio repertorio de los segundos. Encuentra puntos de contacto entre un motivo y otro.

Para él todo es resultado de lo mismo: la obsesión por pintar. Pero tampoco se plantea más interrogantes: «El arte, a veces, fascina porque no se entiende. Nos enseñaron que la belleza es para siempre, pero en verdad es algo cambiante y fugaz. Mi obra está hecha de pequeños detalles a gran escala. Y aún aprendo pintando. Y aún dudo. Dudo mucho. Creo que es esa misma duda la que me sostiene».

Sus padres llegaron a Brooklyn huyendo de la revolución bolchevique al perder la fábrica que regentaban en Rusia. Alex Katz es el resultado de la estampida. Quizá co-

mo respuesta a ese apogeo paterno se impuso una calma soberana. Le interesa el mundo, pero más aún le interesa el arte y la soledad en que éste se concreta. Limita al norte con Matisse y al sur con Picasso. No está en la cuerda de Duchamp y mira con cierto recelo los *tirorinos* del arte contemporáneo actual. «He pasado la vida huyendo de Picasso, aunque mi artista de referencia es Matisse. El problema es que Picasso nos ha obligado a orbitar a su alrededor. Y de algún modo ahí seguimos», exclama.

Cada mañana se encierra en el estudio y, sin atender al ruido de la calle, pinta.

«Nunca pensé que algún día iba a estar donde ahora estoy. Siempre tuve la sospecha de que me correspondía ser un pintor minoritario y secreto», confiesa. Pero la realidad le ha negado esa superchería. La misma realidad que le hace sospechar de las modas del arte. «El arte moderno aún está fijado con unos presupuestos heredados de la estética del comunismo y del fascismo. Con esos mimbres se ha ido haciendo el canon. Por eso creo que siempre he pintado contra algo, contra lo que sea, contra la tradición, contra las modas impuestas... Contra algo».

«¿Odia el pop, del que quedó fuera?»

«No lo odio. Pero si echo la vista atrás me parece que en lo que respecta a la pintura no es más que arte gráfico. Prefiero el trabajo de creadores como Franz Kline. El pop llegó como un movimiento de estilo muy personal, accesible para todos, masivo... Fue una reacción inevitable ante el exceso pretencioso del expresionismo abstracto. Digamos que el pop fue útil.

«¿Se siente ya bien entendido?»

«Diría que me siento bien contemplado. A mí eso de ser entendido o estar de moda nunca me preocupó demasiado. La moda en el arte es como una ola que nadie puede controlar. Si tuviera que definir lo que supone ser eterno diría que es la forma

«SER ETERNO ES ESTAR FIRME ANCLADO EN EL PRESENTE»

«EL POP FUE LA RESPUESTA AL EXCESO PRETENCIOSO DE LOS AÑOS 50»

más firme de estar en el presente. Eso es lo único que me importa, pertenecer a mi tiempo. En el futuro no hay eternidad, nos han vendido una idea falsa.

Sabe mantenerse en pie ante las corrientes de jaleadores y de detractores. Siempre ha estado en ese *check point*. Es un artista extraordinariamente fronterizo que da voz a una América feliz, lúdica, serena, burguesa, acaudalada. La semana próxima inaugura otra exposición en el Museo Albertina de Viena y días después en la Tate Modern de Londres. Está en gracia, pero nada de eso parece importarle: «Lo único que sé es que sigo sintiendo el mismo vértigo y los mismos miedos que cuando empecé. Con eso me basta». Y sonríe.